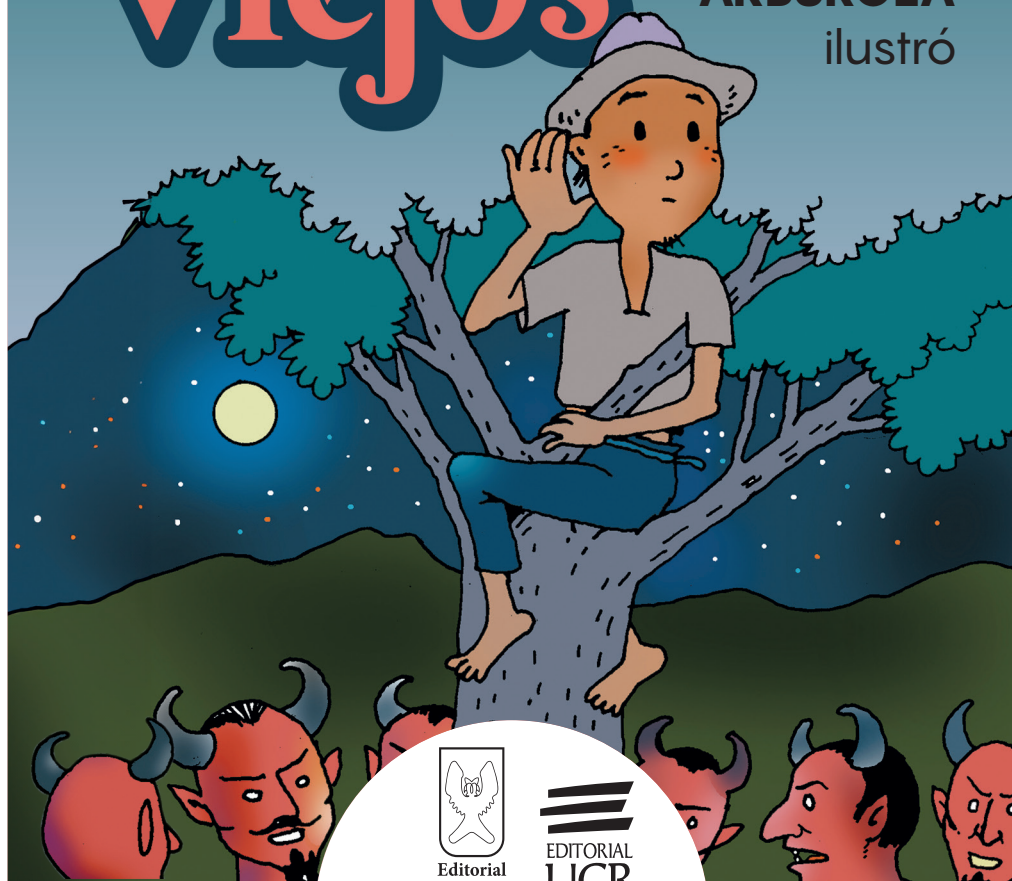


MARÍA LEAL DE NOGUERA

Cuentos viejos

FÉLIX
ARBUROLA
ilustró



Editorial
Costa Rica

EDITORIAL
UCR

MARÍA LEAL DE NOGUERA

Cuentos viejos

FÉLIX
ARBUROLA
ilustró



65
aniversario
ECR

≡
EDITORIAL
UCR

Cuentos viejos

© María Leal de Noguera

© Ilustraciones: Félix Arburola Bustos

© Editorial Costa Rica

Teléfonos: (506) 2233-0812 / (506) 8913-1016

Apartado postal 10 010-1000, San José, Costa Rica

Correo electrónico: produccion@editorialcostarica.com

www.editorialcostarica.com

Dirección editorial y producción: Laura Solano Rivera

Diseño, diagramación y portada: Doce puntos (Priscila Coto)

Diseño de colección: Priscila Coto

Artes finales: Felipe Fernández

© Editorial de la Universidad de Costa Rica,

Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. Costa Rica.

Apdo. 11501-2060 · Tel.: (506) 2511-5310 · Fax: (506) 2511-5257

administracion.siedin@ucr.ac.cr · www.editorial.ucr.ac.cr

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario
Centroamericano (SEUCA), perteneciente al Consejo Superior
Universitario Centroamericano (CSUCA).

Primera edición: *El convivio de los niños*, 1923

Décima edición: Editorial Costa Rica / Editorial de la Universidad
de Costa Rica, 2024

Derechos reservados conforme
a la ley de Derechos de Autor
y Derechos Conexos. D.R.

Prohibida la reproducción total o parcial.

Todos los derechos reservados.

Hecho el depósito de ley.

C.R. 863.44

L435c

Leal de Noguera, María, autor(a)

Cuentos viejos / María Leal de Noguera ;
ilustró Félix Alburola — Décima edición. — San
José, Costa Rica : Editorial Costa Rica ;
Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2024.
273 páginas : ilustraciones ; 21 x 21 cm

ISBN 978-9968-05-051-7

1. Cuentos Costarricenses. I. Arburola
Bustos, Félix, ilustrador (a). II. Título.

SINABI/UT

2024

Nota editorial:

En esta edición, se ha actualizado
la ortografía según las normas
de la Real Academia Española
y de nuestro propio manual de estilo.



Contenido

ix	Presentación
xi	Introducción
xix	Sobre estas leyendas de la tierra ancha
1	Tío Conejo y tía Boa
5	Tío Conejo y tía Tigra
17	El fallo de tío Conejo
23	El Cadejos del cadejal
33	Don Juan del Bijagual
45	La viejita del sandillal
53	Otras aventuras de tío Conejo
65	Tía Garcita Morena y tío Sapo
69	Anécdota entre animales

71	La mano peluda
77	Los niños sin mamá
85	Bienvenido
97	Aventuras de un príncipe
117	El príncipe cabellos de oro
133	El príncipe tonto
147	Historia del hijo que dejó perdido el rey
159	La princesa rana
183	Los dos compadres
199	Sultán y Visir
217	Los tres hijos del campesino
227	Lo que soñó Juan Tuntún
233	Historia del compadre que se sacó los ojos
247	El indio y el español
251	Pejecito, Peje-Sapo
272	Sobre la autora
274	Sobre el ilustrador



Presentación



Esta nueva edición de *Cuentos viejos* de María Leal de Noguera forma parte de un proyecto conmemorativo entre la Editorial Costa Rica y la Editorial de la Universidad de Costa Rica para los 200 años de la Anexión del Partido de Nicoya a Costa Rica. Estos cuentos vernaculares han recorrido los rincones de toda Costa Rica y son hoy parte de nuestra preciada memoria de la infancia. Su publicación pretende asociarse a la celebración de una región y de un hecho central para la historia de Costa Rica.



Tío Conejo y tía Boa



Tío Conejo estaba muy preocupado porque era la tercera vez que había estado en un así de que se lo echara de un bocado tía Boa. La había encontrado hecha una espiral entre el zacatito verde en donde él acostumbraba cenar, y creyéndola dormida no le hacía caso, pero cata que de pronto tía Boa se desenrollaba como por resorte, y si no hubiera sido porque tío Conejo tenía buenas piernas, se lo habría tragado.

Se puso a pensar y va de pensar cómo haría para matarla; era tan larga, tan gruesa, que de solo verla le temblaba el cuerpo. Al fin le vino una idea. Tomó un saco de tela gruesa y se encaminó hacia la casa de tía Boa. Ella vivía en el hueco de un tronco carcomido de un viejo espavel que daba sombra a un ojo de agua. Como si fuera con alguien, al acercarse al árbol se puso a decir primero en voz alta y luego en voz más baja, diferente a la suya:

—¿A que alcanza?

—¿A que no alcanza?

—¿A que alcanza?

—¿A que no alcanza?

—¿A que sí?

—¿A que no?

—¡Apostemos que sí!

—¡Apostemos que no!

—¡Hombré, que sí alcanza!

—¡Hombré, no seas maceta!, que tía Boa es más larga que un camino y más larga que ese espavel; yo apostaría mi cabeza a que no alcanza.

—¡Pues yo digo que sí alcanza!



Al decir la última frase iba llegando tío Conejo a la casa de tía Boa, la cual dormía y a las voces se había despertado. Por fortuna estaba de buen humor, pues tenía en la panza un cariblanco que había bajado al ojo de agua, así es que estaba haciendo digestión. Asomó la cabeza por el hueco y como viera a tío Conejo, le preguntó:

—¿Idiay, hombré, qué es esa algazara que traés, que me ha despertado?

—Pues, señora, vaya viendo que ese porfiado de mi hermano —al mismo tiempo indicaba con el dedo atrás del árbol hacia unos matones, como si allí estuviera escondido el supuesto hermano— dice que apuesta a que usted no alcanza en este saco —mostró a la vez el saco a tía Boa—, y yo le digo que apostemos a que sí alcanza.

—Abrile la boca al saco —dijo tía Boa—, para acomodarme dentro; así se convencerá ese porfiado y vos ganarás la apuesta.

Tío Conejo mientras tanto decía para sí:

—¡Ay!... María Santísima, que no le den ganas a tía Boa de comerme.

Le temblaba todo el cuerpo, pero logró serenarse y abrió el saco, acomodándose en él la tía Boa perfectamente.

Sin pérdida de tiempo tomó tío Conejo una cuerda que llevaba en el bolsillo, amarró con nudo ciego la boca al saco y de un empujón lo echó al río.





Tío Conejo y tía Tigra





En cierta ocasión llegó tío Conejo donde tía Tigra y le pidió posada. Ella tenía hijitos, los cuales encomendó a tío Conejo. Él se encargaba de darles alimento y de llevarlos a pasear.

—Hoy vamos a cazar —dijo un día la Tigra a tío Conejo—. Vos te vas por un camino y yo por otro, a ver qué hallamos.

Así fue, salieron y cada uno tomó un camino diferente. Tío Conejo no caminó muy lejos y en medio de unos matones se puso a hacer una cueva; escarba y escarba un buen rato. Después regresó a la casa, antes que tía Tigra, mató un tigrillo y se puso a cocinarlo.

Cuando llegó la tigre le puso de almorzar, diciéndole:

—¿Idiay?, usted nada trajo; yo sí que no me vengo del monte con las manos vacías.

Después de almuerzo le dijo la Tigra que le llevara los hijitos para darles de mamar. Corrió tío Conejo y se los fue llevando uno a uno; como eran solo dos, tuvo que llevarle uno dos veces para que no echara de ver.

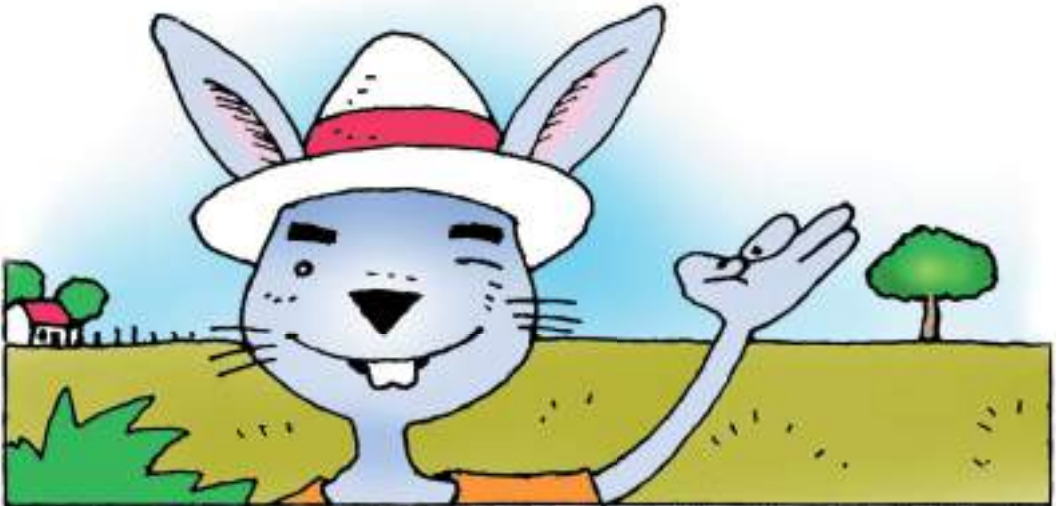
—¿Qué será, tío Conejo —preguntó la Tigra—, que este tigrito no quiere mamar?

—¡Ah!, ¡es que ese bebió sopa...! —le respondió.

Ese otro día volvieron a salir a cazar. Tío Conejo tomó el mismo camino, y se fue a continuar el hueco. Trabajó un buen rato y regresó a la casa. En cuanto llegó mató otro tigrito y lo cocinó del mismo modo.

Al rato llegó tía Tigra y tío Conejo le sirvió el almuerzo, diciéndole:

—¿Idiay?, hoy salimos con la misma, ¿usted nada encontró?



—Sí —repitió ella— pero mañana volvemos al monte y creo que no me vengo hasta encontrar aunque sea un tropezón —y agregó, sirviéndose el almuerzo—: ¡Qué sopa tan rica, tío Conejo!

Así que hubo terminado de almorzar, pidió que le llevara los chiquitos; y como era solo uno, tuvo que llevarlo tío Conejo tres veces.



Cuando lo llevó por segunda vez, preguntó la Tigra:

—¿Por qué será que este chiquito no quiere mamar?

—¡Ah! —respondió tío Conejo—, es que a ese le di sopa.

Cuando lo llevó otra vez, dijo la Tigra:

—¡Este tampoco quiere mamar!

—¡Ah!, es que ese bebió más sopa.

Ese otro día volvieron a salir a cazar. Tío Conejo fue a continuar su hueco sin que se diera cuenta tía Tigra. Cuando lo terminó, regresó a la casa y mató el último tigrillo para el almuerzo de ese día. Allá muy tarde, al anochecer, regresó la tigre desconsolada por no haber encontrado nada.

—¡Venga, venga, tía Tigra! —dijo tío Conejo—; fortalézcase con esta taza de sopa; ¡qué caray, no hay que afligirse por nada, que Dios a nadie desampara!

Así que hubo comido, le dijo que le llevara los chiquitos, y tío Conejo, con la calma del mundo, le respondió:

—¿Idiay?, ¿no se acaba de comer el último? ¿Qué quiere que le traiga?

—¡Ah, indino! —dijo tía Tigra; y cayó sin conocimiento del pesar.

Mientras tanto, tío Conejo se escapó y fue a refugiarse a su cueva. Al día siguiente, tía Tigra fue a quejarse ante las autoridades principales y estas dieron orden de prisión. Salió una escolta compuesta de tío Perro, tío Oso, tío Venado, tía Zorra, tía Zonchicha, etcétera. Y va de busca y busca, hasta que al fin tío Perro dio con un hueco, olfateó y se va hallando allí a tío Conejo...



Entonces pusieron a tía Zonchicha en la puerta a cuidarlo y tío Perro se puso a escarbar para meterse por el otro lado y pescarlo adentro.

Tío Conejo en tal apuro no sabía qué hacer; pero se le ocurrió una cosa y se puso a decir:

—¡Pele los ojos, tía Zonchicha, que me le voy!

Y tía Zonchicha abrió tamaños ojos; entonces, estuvo listo y le echó un buen puñado de polvo que la dejó ciega, y mientras ella se limpiaba con el pañuelo, él se escapó a todo correr.

Se reunió un concejo para deliberar sobre la manera de apoderarse de tío Conejo y acordaron que saliera de nuevo en su busca una tropa bien armada.

Tío Conejo había alistado dos grandes calabazos llenos de avispas de las más bravas, y los cuales llevaba en el hombro. Cuando menos lo esperaba, se va encontrando con la gran tropa que lo rodeó. Él los dejó acercarse y cuando ya lo iban a prender, destapó los calabazos y salió el avispero... Los soldados por librarse de las picaduras huyeron dejando libre a tío Conejo.





Vuelta a reunirse el concejo, esta vez acordaron poner una guardia permanente junto al ojo de agua a donde llegaba todos los días tío Conejo. A él le llegó a los oídos esta noticia; entonces se fue a abrir una colmena, se bañó de miel y se revolcó en los montones de hojas para que estas se le pegaran. De este modo quedó hecho un espantajo, y haciendo gran ruido con sus hojas, se acercó al ojo de agua. Al verlo los soldados, dijeron:

—¡Alto ahí!, ¿quién vive?

—¡El rey de hojarás! —respondió tío Conejo.

—Pase, pase la buena gente, que el de atrás se quedará —dijeron los soldados.

Pasó tío Conejo, bebió agua en una poza y luego se metió para lavarse la miel. Al salir de ahí, dijo en voz alta a tía Zorra, que era el jefe de la guardia:

—Así se engañan los bobos,
con manteca de garrobo;
quisiera otro poquito
para engañar otro bobo.



Y salió huyendo por un caminito que él conocía por entre los matorrales.

Otra vez se reunió el conejo y acordaron apoderarse de él pero por bien. Tía Zorra se fingió muerta y mandaron a tío Venado a hacer las invitaciones. Llegó donde tío Conejo y con voz amable lo invitó para los funerales de tía Zorra, mostrándose muy apesarado.

—Hay que olvidar y perdonar agravios, tío Conejo, en estos casos —dijo tío Venado.

Le indicó la hora del entierro y marchó.

Con más desconfianza que otra cosa se presentó tío Conejo a la hora indicada, en momentos en que ya iban a salir hacia el cementerio.

Tío Oso lo invitó a que llevasen en hombros a la muerta sobre unas andas. Tío Conejo convino, pero solamente que le diesen el extremo del lado de los pies. Así lo hicieron y dijo tío Conejo, como hablando consigo mismo, pero calculando que lo oyera tía Zorra:

—Ah, tía Zorra, cómo se fue a morir; Dios la haya perdonado... Pero mi corazón me dice que no está muerta, porque recuerdo que mi padre me dijo una vez que cuando las zorras están muertas mueven una pata.

Al oír esto tía Zorra y para que creyera tío Conejo que en realidad estaba muerta, empezó a mover la pata; viendo esto el tío Conejo, les dijo:

—Muerto que se mueve no es buen muerto; ¡busquen otro!

Y lanzó lejos las andas con todo y tía Zorra.

Lo último que resolvió el conejo fue dejarlo en paz.



Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

Sobre la autora

MARÍA LEAL DE NOGUERA nació en Lagunilla de la ciudad de Santa Cruz, Guanacaste, en 1896. En 1907, recibió una beca para trasladarse a San José y estudiar en el Colegio Superior de Señoritas, donde fue alumna de Joaquín García Monge, con quien construyó un entrañable vínculo intelectual y fraterno. En 1914, se graduó como maestra normal y regresó a su natal Guanacaste, y ahí en su tierra fue donde sembró la semilla del amor por la lectura, cuya profunda raíz se ha extendido hoy a todos los rincones de Costa Rica.

En 1925, estableció el primer jardín de infantes en Santa Cruz de Guanacaste y, con el ímpetu que le era propio, por las noches se dedicaba a programas de alfabetización de personas adultas. A pesar de sus problemas de salud, nunca dejó de trabajar, convencida de la importancia de la cultura para los pueblos, hasta que en 1941 recibió su



pensión reglamentaria, mientras ejercía como maestra en la Escuela de Santa Cruz, Guanacaste.

En el campo literario se distinguió por sus libros infantiles y sus artículos en los que recoge leyendas, costumbres y estampas del pueblo de Guanacaste. Muchos de sus artículos los publicó en la revista *Repertorio Americano*. Dentro de sus publicaciones, destacan *Cuentos viejos* (1923), *De la vida en la costa* (1959) y *Estampas del camino* (1974).

Por su fecunda labor, recibió, en 1955, la distinción de «Mujer del Año». Asimismo, su cantón natal le dedicó un mural y una estatua en el parque, y la Escuela de Santa Cruz lleva hoy su nombre. Murió en Lagunilla de Santa Cruz, Guanacaste, en 1989. Su legado trascendió y, por ello, fue declarada Benemérita de la Patria en 2022 por la Asamblea Legislativa.

Sobre el ilustrador

FÉLIX ARBUROLA nació en la provincia Guanacaste en 1947 y fue un reconocido ilustrador, caricaturista y pintor. Se autodefinió en vida como artista autodidacta y su interés lo condujo a estudiar dibujo y pintura en la Casa del Artista Olga Espinach, y pintura y grabado en la Escuela de Bellas Artes y de Arquitectura de la Universidad de Costa Rica, respectivamente. Recibió una beca del Proyecto Internacional de Literatura Infantil, en Venezuela, para especializarse en ilustración y diseño de libros infantiles. Desde ese momento, Félix descubrió su vocación: iluminar libros dirigidos a las más jóvenes generaciones.

Además de su prolífica carrera como ilustrador para revistas como *Tricolor* y libros de la Editorial Costa Rica, la Editorial de la Universidad Estatal a Distancia y Editorial Santillana, fue director de arte de las revistas *Andrómeda* (1981-1991) y *Tambor* (1985-1991). Como profesor, impartió clases de dibujo y pintura en academias y universidades.

Participó en exposiciones individuales y colectivas, tanto dentro como fuera de las fronteras costarricenses, y es parte del *Diccionario de Ilustradores Iberoamericanos* (Fundación SM, España, 2013).

Félix, el hombre, murió en el año 2015; sin embargo, el artista pervive en las páginas de los libros ilustrados que día a día son leídos por la niñez y juventud de Costa Rica y Latinoamérica.



Edición aprobada en la sesión N.º 2915
por el Consejo Directivo de la Editorial Costa Rica.
Impreso en papel editorial y cartulina barnizable,
en el Sistema Editorial y de Difusión de la Investigación
(SIEDIN), Sección de Impresión, en el 2024.

CONSEJO DIRECTIVO
DE LA EDITORIAL COSTA RICA

PRESIDENTE

Tomás Federico Arias Castro

VICEPRESIDENTE

Carlos Rubio Torres

SECRETARIA

Ruth Cubillo Paniagua

DIRECTORES

Carlos Cascante Segura

Lisbeth Cubillo González

Paola Rodríguez Mesén

La Editorial Costa Rica apoya la protección
de los derechos de autor, pues estos estimulan
y defienden la creatividad y la cultura.
Gracias por comprar una edición autorizada de este
libro y por respetar las leyes de autor al no reproducir,
escanear ni distribuir ninguna parte
de esta obra por ningún medio.
Al respetar la Ley 6683, apoya a los autores
y permite que la Editorial Costa Rica
continúe publicando libros.



El Guanacaste siente
que poco a poco se alzan
las alas de su espíritu y que
su influencia en la historia
de Costa Rica se hace cada vez mayor
y más provechosa. ¡Ojalá así sea!
Una vez más la narradora de cuentos populares
trabaja en el telar de la historia de un pueblo.
De los viejos cuentos saldrán los nuevos, como si dijera:
los nuevos proyectos, las nuevas realidades.
Porque hay que seguir creando.
La cantera es rica y el tiempo exige de los pueblos,
si quieren avanzar, la obra del espíritu.

Joaquín García Monge
Costa Rica, mayo de 1938



Anexión
200
COLECCIÓN
años



EDITORIAL
UCR